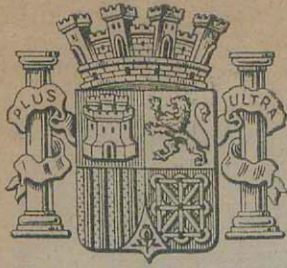


F-325

S.g. 5-XXXII-2-76 by fondo

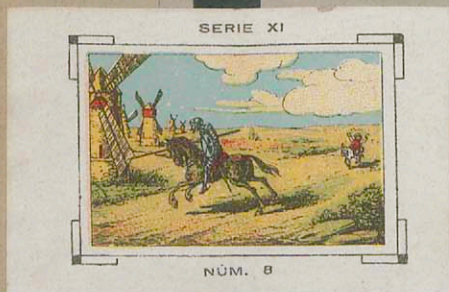
C-11  
10



# KOMPRIMIDOS



¡¡Oh, qué buenos...!!







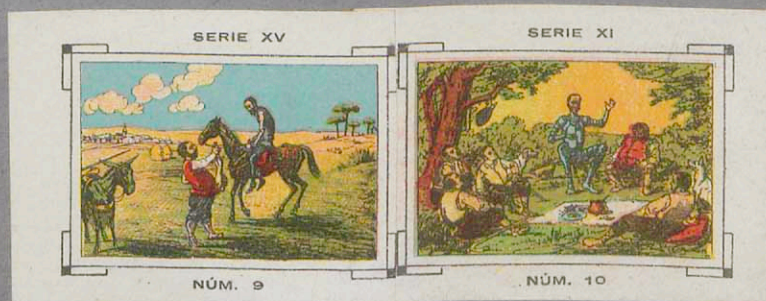


Este Album es propiedad de .....

domiciliado en .....



# Productos KARALAZ



Valencia ..... 1934



# RELATO

## NÚM. 1.—CAPÍTULO I

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio, y, así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio.

Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos, como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, errores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.

## NÚM. 2.—CAPÍTULO II

Y, así, sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día (que era uno de los calurosos del mes de julio), se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza y, por la puerta falsa del corral, salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Mas apenas se vio en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa: y fué que le vino a la memoria que no era armado caballero, y que, conforme a la ley de caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero, y puesto...

## NÚM. 3.—CAPÍTULO III

...y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan mal trecho, que si secundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Echo esto, recogió sus armas y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que había pasado (porque aun estaba aturrido el arriero), llegó otro con la misma intención de dar agua á sus mulos, y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila...

## NÚM. 4.—CAPÍTULO IV

Y viendo Don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: «Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede; subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza (que también tenía una lanza arrimada á la encina donde estaba arrendada la yegua), que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo.»

El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: «Señor Caballero, esté muchacho que estoy castigando es un mi criado que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos...»

## NÚM. 5.—CAPÍTULO V

Y llegándose a él, tomó la lanza, y después de haberla hecho pedazos, con uno de ellos comenzó á dar á nuestro Don Quijote tantos palos, que á despecho y á pesar de sus armas le molió como cibera. Dábanle voces sus amos que no le diese tanto, y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dejar el juego hasta enviar todo el resto de su cólera; y acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caído, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él llovía, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra y á los malandrines, que tal le parecían.

## NÚM. 6.—CAPÍTULO VI

«Pues vayan todos al corral —dijo el cura—, que a trueco de quemar á la reina Píntiquinestra y al pastor Darinel, y á sus églogas, y á las endiabladas y revueltas razones de sus autos, quemará con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante.» «Dese parecer soy yo» —dijo el barbero—. «Y aun yo» —añadió la sobrina—. «Pues si es así —dijo el ama—, vengan, y al corral con ellos.» Diéronselos, que eran muchos, y ella aborrió la escalera y dió con ellos por la ventana abajo.

## NÚM. 7.—CAPÍTULO VII

«Desa manera —respondió Sancho Panza—, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutiérrez, mi oísla, vendría á ser reina y mis hijos infantes.» «¿Pues quién lo duda?» —respondió Don Quijote—. «Yo lo dudo —replicó Sancho Panza—, porque tengo para mí, que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Mari Gutiérrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda.» «Encomiéndala tú á Dios, Sancho —respondió Don Quijote—, que El le dará lo que más le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas a contentar con menos que con ser adelantado.» «No haré, señor mío —respondió Sancho— y...»

## NÚM. 8.—CAPÍTULO VIII

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió á todo galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió al viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podía menear, tal fué el golpe que dió con él Rocinante. «¡Válame Dios! —dijo Sancho— ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento...?»

## NÚM. 9.—CAPÍTULO VIII

La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviase de allí algún poco, y desde lejos se puso a mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaíno una gran cuchillada á Don Quijote encima de un hombro por encima de la rodela, que á dársela sin defensa le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz, diciendo: «¡Oh señora de mi alma, Dulcinea, flor de la hermosura, socorred á este vuestro caballero, que por satisfacer á la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla.» El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaíno, todo fué en un tiempo...

## NÚM. 10.—CAPÍTULO XI

Después que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío.»



# Don Quijote de la Mancha

Serie 11

Desde el Capítulo I hasta el XI ♦ Niños: amad vuestra Patria España

**COMPRESIDOS  
KARALAZ**

siempre imitados  
nunca igualados

Para los niños,  
el mejor dulce,

**COMPRESIDOS  
KARALAZ**

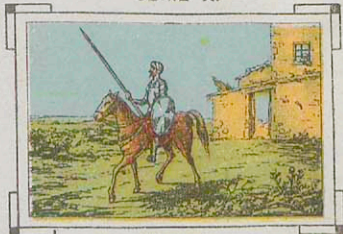
SERIE XI



NÚM. 1

Núm. 1.—Capítulo I

SERIE XI



NÚM. 2

Núm. 2.—Capítulo II

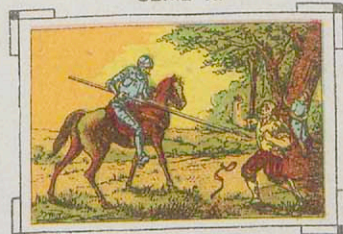
SERIE XI



NÚM. 3

Núm. 3.—Capítulo III

SERIE XI



NÚM. 4

Núm. 4.—Capítulo IV

SERIE XI



NÚM. 5

Núm. 5.—Capítulo IV

SERIE XI



NÚM. 6

Núm. 6.—Capítulo VI

SERIE XI



NÚM. 7

Núm. 7.—Capítulo VII

SERIE XI



NÚM. 8

Núm. 8.—Capítulo VIII

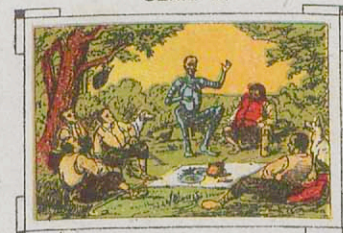
SERIE XI



NÚM. 9

Núm. 9.—Capítulo VIII

SERIE XI



NÚM. 10

Núm. 10.—Capítulo XI



# RELATO

## NÚM. 11.—CAPÍTULO XVI

«No fueron golpes —dijo Sancho—, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y que cada uno había hecho su cardenal»; y también le dijo: «Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que también me duelen a mí un poco los lomos.» «¿Desa manera —respondió la ventera— también debisteis vos de caer?» «No caí —dijo Sancho Panza—, sino que del sobresalto que tomé al ver caer a mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos.» «Bien podría ser eso —dijo la doncella—, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño...»

## NÚM. 12.—CAPÍTULO XVII

Las voces que el misero manteado daba fueron tantas, que llegaron á los oídos de su amo, el cual, deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero, y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por dónde entrar; pero no hubo llegado a las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vio el mal juego que se le hacía a su escudero. Viole bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejare, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que aun aparearse no pudo...

## NÚM. 13.—CAPÍTULO XVIII

«Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de Pentapólin del arremangado brazo, seguidme todos, veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana.» Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venían, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, descinéronse las hondas y comenzaron á saludarle los oídos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras, antes discurrendo á todas partes, decía: «¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente á mí, que un caballero...»

## NÚM. 14.—CAPÍTULO XXI

El barbero, que tan sin pensarlo ni tenerlo vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio, para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado al suelo cuando se levantó más ligero que un gamo y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó Don Quijote, y dijo que el pagano había andado discreto, y que había imitado al castor, el cual, viéndose acosado de los cazadores, se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él por instinto natural sabe que es perseguido. Mandó á Sancho que alzase el yelmo, el cual, tomándole con las manos, dijo: «Por Dios, que la bacía es buena, y que vale un real de...»

## NÚM. 15.—CAPÍTULO XXII

Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quijote, con muy corteses razones, pidió á los que iban en su guarda, fuesen servidos de informal y decille la causa ó causas por qué llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de su majestad, que iban á galeras, y que no había más que decir, ni él tenía más que saber. «Con todo esto —replicó Don Quijote— querría saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia»; añadió á éstas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le dijese lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo: «Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados...»

## NÚM. 16.—CAPÍTULO XXIII

Don Quijote le devolvió los saludos con no menos comedimiento, y apeándose de Rocinante, con gentil continente y donaire, le fué á abrazar, y tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar el *Roto de la Mala Figura*, como á Don Quijote el de la *Triste*, después de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de Don Quijote, le estuvo mirando como que quería ver si le conocía, no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de Don Quijote, que Don Quijote lo estaba de verlo á él. En resolución, el primero que habló después del abrazamiento fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante...

## NÚM. 17.—CAPÍTULO XXVI

Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta, todavía dudoso si entraría ó no, y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro: «Dígame, señor licenciado, ¿aquél del caballo no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro aventurero que había salido con su señor por escudero?» «Sí es —dijo el licenciado—, y aquél es el caballo de nuestro Don Quijote»; y conociéronle tan bien, como aquellos eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de los libros; los cuales, así como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de Don Quijote, se fueron á él, y el cura le llamó por su nombre, diciéndole...

## NÚM. 18.—CAPÍTULO XXIX

...y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual, apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de Don Quijote, y aunque él pugnaba por levantarla, ella, sin levantarse, le habló en esta guisa:

«De aquí no me levantaré, ó valeroso y esforzado caballero, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la más desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto; y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estáis á favorecer á la sin ventura que de tan lueñas tierras viene al olor...»

## NÚM. 19.—CAPÍTULO XXXVII

Llegada, pues, la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la había redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á Don Quijote, el cual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicón, pues él era su aguardador. Luego se sentaron Luscinia y Zoraida, y frontero dellas, don Fernando y Cardenio, y luego, el cautivo y los demás caballeros, y al lado de la señora, el cura y el barbero; y así cenaron con mucho contento, y acrecentáseles más viendo que dejando de comer Don Quijote, movido del otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir: «Verdaderamente si bien se...»

## NÚM. 20.—CAPÍTULO XLIV

El, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pie, subió sobre Rocinante, empuzó su adarga, enristró su lanza, y tomando buena parte del campo, volvió a medio galope, diciendo: «Cualquiera que dijere que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la princesa Micomicón me dé licencia para ello, yo le desmiento, le reto y desafío singular batalla.» Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quijote; pero el ventero les quitó de aquella admiración, diciéndoles quién era Don Quijote, y que no había que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero si acaso había llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años que...



# Don Quijote de la Mancha

Serie 12

Desde el Capítulo XVI hasta el XLIV ♦ Niños: elogiad siempre a España

¿Limón murciano?

**COMPRIMIDOS  
KARALAZ**

¿Plátano Canarias?

**COMPRIMIDOS  
KARALAZ**

SERIE XII



NÚM. 1

Núm. 11.—Capítulo XVI

SERIE XII



NÚM. 2

Núm. 12.—Capítulo XVII

SERIE XII



NÚM. 3

Núm. 13.—Capítulo XVIII

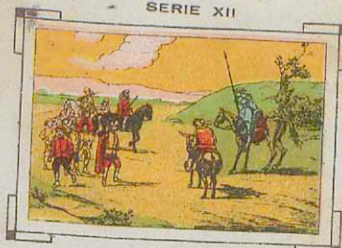
SERIE XII



NÚM. 4

Núm. 14.—Capítulo XXI

SERIE XII



NÚM. 5

Núm. 15.—Capítulo XXII

SERIE XII



NÚM. 6

Núm. 16.—Capítulo XXIII

SERIE XII



NÚM. 7

Núm. 17.—Capítulo XXVI

SERIE XII



NÚM. 8

Núm. 18.—Capítulo XXIX

SERIE XII



NÚM. 9

Núm. 19.—Capítulo XXXVII

SERIE XII



NÚM. 10

Núm. 20.—Capítulo XLIV



# RELATO

## NÚM. 21.—CAPÍTULO XLV

Don Quijote puso mano a su espada y arremetió contra los cuadrilleros, Don Luis daba voces á sus criados que le dejaran á él, y acorriesen á Don Quijote, y á Cardenio, y á Don Fernando, que todos favorecían á Don Quijote. El cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligía, Maritornes lloraba. Dorotea estaba confusa, Luscinda, suspensa y Doña Clara, desmayada. El barbero aporreaba á Sancho, Sancho molía al barbero, Don Luis, a quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo por que no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre; el oidor le descendía, Don Fernando tenía debajo de sus pies a un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy a su sabor; el ventero...

## NÚM. 22.—CAPÍTULO XLV

Y así con resoluta determinación, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él por obedecella se puso en pie y le dijo: «Es común proverbio, hermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra más esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo y alcanza la victoria antes que el contrario se ponga en defensa; todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en...»

## NÚM. 23.—CAPÍTULO XLVII

Iba primero el carro, guiándole su dueño; á los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas; seguía luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de la rienda á Rocinante; detrás de todos iban el cura y el barbero sobre poderosas mulas, cubiertos los rostros como se ha dicho con grave y reposado continente, no caminando más de lo que permitía el paso tardo de los bueyes. Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arimado a las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como si no fuese hombre de carne sino estatua de piedra; y así con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un...

## NÚM. 24.—CAPÍTULO L

«De mí sé decir, que después que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones de encantos, y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula, como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo y no me siendo contraria la fortuna, en pocos días verme rey de algún reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que mfa fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de la liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y el agradecimiento que sólo consiste en el deseo es cosa muerta, como es muerta la fé sin obras. Por esto...»

## NÚM. 25.—CAPÍTULO LII

El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quién era Don Quijote, y así él como toda la turba de los disciplinantes, fueron a ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza con lágrimas en los ojos decía: «¡Oh flor de la caballería, que con sólo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el cual faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡Oh liberal sobre todos los Alejandro, pues por sólo ocho meses de servicio me tenías dada la mejor insula que el mal cife y rodea! ¡Oh humilde con los soberbios...!»

## NÚM. 26.—CAPÍTULO II

Cuenta la historia que las voces que oyeron Don Quijote, el cura y el barbero, eran de la sobrina y ama, que las daban diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á Don Quijote, y ellas le defendían la puerta, «¿qué quiere este mostrencos en esta casa? Idos á la vuestra, hermano, que vos sois y no otro el que distrae y sonaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales». A lo que Sancho respondió: «Ama de Satanás, el sonsacado y el distraído, y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo. El me llevó por esos mundos, y vosotras os engañáis en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engaños, prometiéndome una insula que hasta ahora la espero. Malas...»

## NÚM. 27.—CAPÍTULO X

A esta sazón ya se había puesto Don Quijote de hinojos junto á Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada a la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubría en ella sino una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado sin osar despegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas viendo aquellos dos hombres tan diferentes, hincados de rodillas que no dejaban pasar adelante a su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina, dijo: «Apártense nora en tal del camino, y déjenos pasar, que vamos de prisa.» A lo que respondió Sancho: «¡Oh princesa y señora...»

## NÚM. 28.—CAPÍTULO XI

«Andad con Dios buena gente, y haced vuestra fiesta y mirad si mandáis algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde muchacho fuí aficionado á la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula.» Estando en estas pláticas quiso la suerte que llegase uno de la Compañía, que venía vestido de mojiganga, con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traía tres vejigas de vaca hinchadas; el cual mamaracho, llegándose a Don Quijote, comenzó a esgrimir el palo, y á sacudir el suelo con las vejigas y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala visión así alborotó a Rocinante, que...

## NÚM. 29.—CAPÍTULO XIV

En esta buena sazón y coyuntura halló Don Quijote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca, ó no acertó, ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, á salva mano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caída, que sin mover pié ni mano dió señales de que estaba muerto. Apenas le vió caído Sancho, cuando se deslizó del alcoraño, y á toda prisa vino donde su señor estaba, el cual, apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era...

## NÚM. 30.—CAPÍTULO XVII

Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura; pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado á una y á otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras á Don Quijote, y con gran flemma y remanso se volvió á echar en la jaula. Viendo lo cual Don Quijote, mandó al leonero que le diese de palos, y que le irritase para echarle fuera. «Eso no haré yo —respondió el leonero—, porque si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos, será á mí mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, y que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera...»




# Don Quijote de la Mancha

Serie 13

Desde el Capítulo XLV hasta el XVII ♦ Niños: *amad vuestra Patria España*

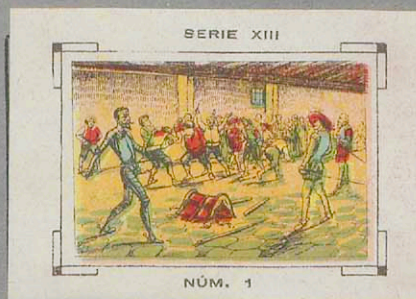
**COMPRIMIDOS  
KARALAZ**

 diez sabores  
diferentes

¿Un dulce  
higiénico?



**COMPRIMIDOS  
KARALAZ**



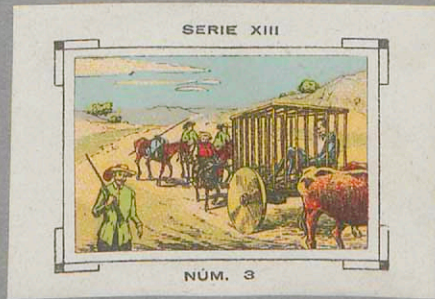
Núm. 21.—Capítulo XLV



Núm. 22.—Capítulo XLV



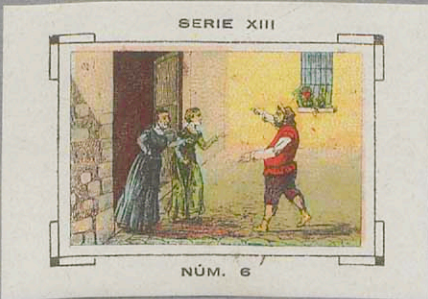
Núm. 23.—Capítulo XLVII



Núm. 24.—Capítulo I



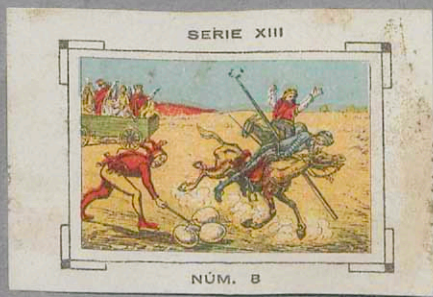
Núm. 25.—Capítulo LII



Núm. 26.—Capítulo II



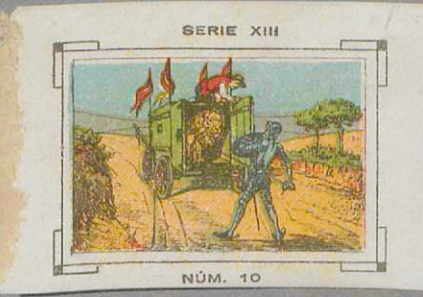
Núm. 27.—Capítulo X



Núm. 28.—Capítulo XI



Núm. 29.—Capítulo XIV



Núm. 30.—Capítulo XVII



# RELATO

## NÚM. 31.—CAPÍTULO XVIII

Halló Don Quijote ser la casa de Don Diego de Miranda ancha, como de aldea; las armas, empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal y muchas tinajas a la redonda, que por ser del Toboso, le renovaron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea, y suspirando y sin mirar lo que decía, ni delante de quien estaba, dijo:

*¡Oh dulces prendas por mi mal halladas!*

*¡Dulces y alegres cuando Dios quería!*

¡Oh tobosescas tinajas, que me habéis traído a la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura! Oyóle decir...

## NÚM. 32.—CAPÍTULO XX

Y así, sin poderlo sufrir, ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solícitos cocineros, y con cortes y hambrientas razones le rogó le dejase cojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo cual, el cocinero respondió: «Hermano, este día no es de aquellos sobre los que tiene jurisdicción la hambre, merced al rico Camacho: apeaos, y mirad si hay por ahí un cucharón, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan.» «No veo ninguno» —respondió Sancho—. «Esperad —dijo el cocinero—. ¡Pecador de mí, y qué melindroso y para poco debéis de ser!» Y diciendo esto, asió de un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas, sacó de él tres gallinas y dos...

## NÚM. 33.—CAPÍTULO XXII

Dicho esto, y acabada la ligadura de Don Quijote (que no fué sobre el arnés sino sobre el jubón de arrear), dijo Don Quijote: «Inadvertidos hemos andado en no habernos proveído de algún esquilón pequeño, que fuera atado junto a mí en esta misma soga, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, á la mano de Dios que me guíe.» Y luego se hincó de rodillas e hizo una oración en voz baja al cielo, pidiéndole a Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella, al parecer, peligrosa y nueva aventura; y en voz alta dijo luego: «¡Oh señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso, si es posible que lleguen...»

## NÚM. 34.—CAPÍTULO XXIX

Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el río, y que se iba a embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos de ellos con varas largas a detenerle; y como salían enharinados y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes, diciendo: «Demonios de hombres, ¿dónde vais? ¿Venís desesperados? ¿Qué queréis ahogaros y hacerse pedazos en estas ruedas?» «¿No te dije, yo, Sancho —dijo á esta sazón Don Quijote—, que habíamos llegado donde he de mostrar á do llega el valor de mi brazo? Mira qué de malandrines y follones me salen al encuentro; mira cuántos vestigios se me...»

## NÚM. 35.—CAPÍTULO XXX

A lo que respondió la duquesa: «De que Sancho el bueno sea gracioso, lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto, que las gracias y los donaires, señor Don Quijote, como vuesa merced sabe bien, no asientan sobre ingenios torpes; y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí lo confirmo por discreto.» —Y hablador —añadió Don Quijote—. «Tanto que mejor —dijo el duque—, porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran Caballero de la Triste Figura... —De los Leones, ha de decir vuestra alteza —dijo Sancho—, que ya no hay Triste Figura. —El seguro sea el De los Leones —prosiguió el duque—. Digo que venga el...»

## NÚM. 36.—CAPÍTULO XXXI

Cuenta, pues, la historia, que antes que a la casa de placer o castillo llegasen, se adelantó el duque, y dió orden a todos sus criados del modo que habían de tratar a Don Quijote, el cual, como llegó con la duquesa a las puertas del castillo, al instante salieron del dos lacayos ó palafreneros vestidos hasta los pies de unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso de carmesí, y cogiendo a Don Quijote en brazos, sin ser oído ni visto, le dijeron: «Vaya la vuesa grandeza á apearse á mi señora la duquesa.» Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto venció la porfía de la duquesa, y no quiso descender o bajar del palafreñ sino en los brazos...

## NÚM. 37.—CAPÍTULO XXXIII

Cuenta, pues, la Historia, que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo a ver a la duquesa, la cual, con el gusto que tenía de oírle, le hizo sentar junto a sí en una silla baja, aunque Sancho, de puro bien criado, no quería sentarse; pero la duquesa le dijo que se sentase como gobernador y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecía el mismo escaño del Cid Rui Díaz Campeador. Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la duquesa le rodearon atentas con grandísimo silencio á escuchar lo que diría; pero la duquesa fué la que habló primero, diciendo: «Ahora que estamos solos, y que...»

## NÚM. 38.—CAPÍTULO XLI

—Destierra, amigo, el miedo, que en efecto la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa. —Así es verdad —respondió Sancho— que por este lado me da un viento tan recio que parece que con mil fuelles me están soplando—. Y así era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire. Tan bien trazada estaba la aventura por el duque y la duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta. Sintiéndose, pues, soplar Don Quijote, dijo: —Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos llegar a la segunda región del aire, adonde se engendra el granizo y las nieves. Los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera región; y si es que desta manera...

## NÚM. 39.—CAPÍTULO XLVI

Levantóse Don Quijote en pie, y poniendo mano a la espada, comenzó a tirar estocadas por la reja y a decir a grandes voces: «Afuera, canalla hechiceresca, que yo soy Don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones»; y volviéndose a los gatos, que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas. Ellos acudieron a la reja, y por allí se salieron, aunque uno, viéndose tan acosado de las cuchilladas de Don Quijote, le saltó al rostro, y le asió de las narices con las uñas y los dientes, y por cuyo dolor Don Quijote comenzó a dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el duque y la duquesa, y considerando lo que podía ser, con mucha...

## NÚM. 40.—CAPÍTULO XLVII

Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba y dónde había estudiado. A lo que él respondió: «Yo, señor gobernador, me llamo el Doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo, a la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la Universidad de Osuna.» A lo que respondió Sancho, todo encendido en cólera: «Pues señor doctor Pedro Recio de mal agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está a la derecha mano, como vamos de Caracuel á Almodóvar del Campo, graduado en Osuna, quiteseme luego de delante, si no voto al Sol que...»



# Don Quijote de la Mancha

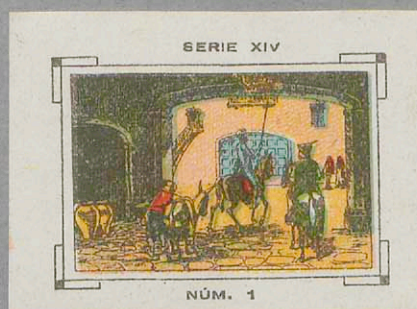
Serie 14

Desde el Capítulo XVIII hasta el XLVII ♦ Niños: elogiad siempre a España

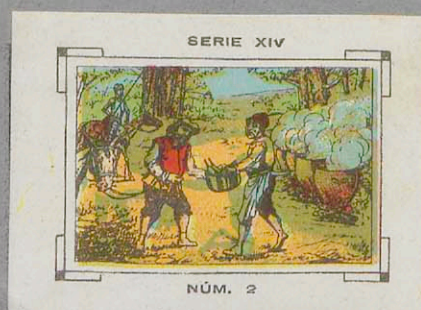
**COMPRIMIDOS  
KARALAZ**

Uno y nada más

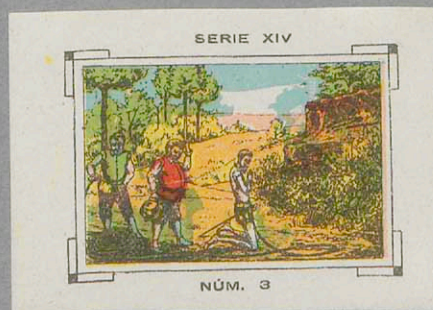
Proteger la industria  
nacional es deber de  
todo ciudadano



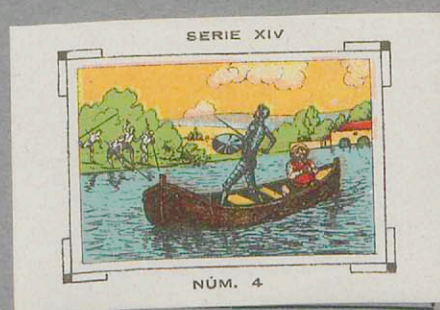
Núm. 31.—Capítulo XVIII



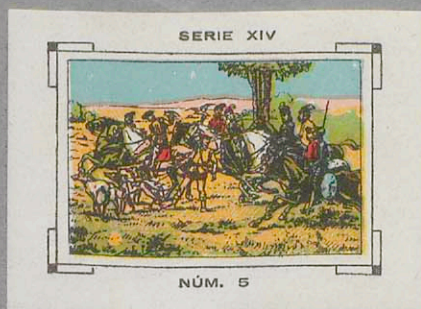
Núm. 32.—Capítulo XX



Núm. 33.—Capítulo XXII



Núm. 34.—Capítulo XXIX



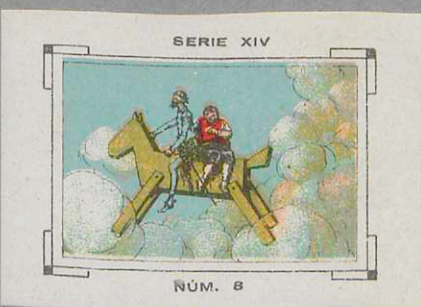
Núm. 35.—Capítulo XXX



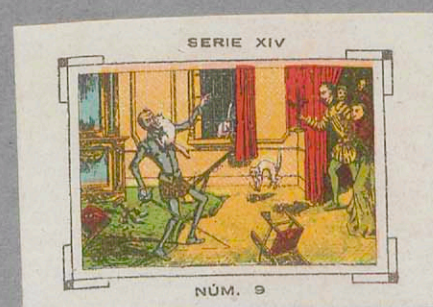
Núm. 36.—Capítulo XXXI



Núm. 37.—Capítulo XXXVIII



Núm. 38.—Capítulo XLI



Núm. 39.—Capítulo XLVI



Núm. 40.—Capítulo XLVII



# RELATO

## NÚM. 41.—CAPÍTULO LVIII

Solo Don Quijote, con intrépido corazón se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante. Llegó el tropel de lanceros, y uno de ellos, que venía más adelante, a grandes voces comenzó a decir a Don Quijote: «Apártate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros.» «Ea, canalla —respondió Don Quijote—, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los más bravos que cría Jarama en sus riberas. Confesar, malandrines, así a carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado, si no, conmigo sois en batalla.» No tuvo lugar de responder el vaquero, ni Don Quijote lo tuvo de desviarse, aunque quisiera, y así el tropel de los toros bravos y el...

## NÚM. 42.—CAPÍTULO LIX

«¿Quién es el que no responde?», respondieron del otro aposento. «Quién ha de ser —respondió Sancho— sino el mismo Don Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho y aun cuanto dijere, que al buen pagador no le duelen prendas.» Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecían, y uno de ellos, echando los brazos al cuello de Don Quijote, le dijo: «Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda, vos, señor, sois el verdadero Don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, a despecho y pesar del que ha querido usurpar...»

## NÚM. 43.—CAPÍTULO LX

Venía sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con cuatro pistoletas, que en aquella tierra se llaman pedreñales, a los lados. Vió que sus escuderos (que así llaman a los que andan en aquel ejercicio) iban a despojar a Sancho Panza. Mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obedecido y así se escapó la ventura. Admiróle ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo, y a Don Quijote armado y pensativo, con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse a él, diciéndole: «No estéis tan triste, buen hombre, porque no habéis caído en las manos de algún cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen más de compasivas que de rigurosas...»

## NÚM. 44.—CAPÍTULO LXI

Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo consigo dos caballeros á caballo y dos peregrinos á pie, y un coche de mujeres con hasta seis criados que á pie y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traían. Cogieronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando a que el Gran Roque Guinart hablase, el cual preguntó á los caballeros que quién eran, y adónde iban, y qué dinero llevaban. Uno dellos le respondió: «Señor, nosotros somos dos capitanes de infantería española, tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos a embarcarnos en cuatro galeras que dicen están en Barcelona, con orden de pasar...»

## NÚM. 45.—CAPÍTULO LXII

No podía imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos pies aquellos bultos que por el mar se movían. En esto llegaron corriendo con grita, libélles y algarazas los de las libreas, adonde Don Quijote suspenso y atónito estaba, y uno de ellos, que era el avisado de Roque Guinart, dijo en alta voz a Don Quijote: «Bien venido sea a nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella, el lucero y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene. Bien venido sea, digo, el valeroso Don Quijote de la Mancha; no el falso, no el ficticio, no el apócrifo que en falsas historias estos días nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos descubrió Cide Hamete Benengeli, flor de los...»

## NÚM. 46.—CAPÍTULO LXIII

Llegóse luego Don Quijote, y dijo: «Dime, tú el que respondes, ¿fué verdad o sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea?» «A lo de la cueva —respondieron— hay mucho que decir, de todo tiene. Los azotes de Sancho irán despacio, el desencanto de Dulcinea llegará a debida ejecución.» «No quiero saber más —dijo Don Quijote—, que como yo vea a Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare a desear.» El último preguntante fué Sancho, y lo preguntado fué: «Por ventura, cabeza, ¿tendré otro gobierno? ¿Saldré de la estrechez de escudero?...»

## NÚM. 47.—CAPÍTULO LXIV

Fuó luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo: «Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.» Don Quijote, molido y aturdido, sin alzar la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma, dijo: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra.» «Eso no haré yo por cierto —dijo el de la Blanca Luna—. Viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de Dulcinea del Toboso, que sólo me contento con que el gran Don Quijote...»

## NÚM. 48.—CAPÍTULO LXV

Al salir de Barcelona volvió Don Quijote a mirar el sitio donde había caído, y dijo: «Aquí fué Troya, aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se oscurecieron mis hazañas; aquí, finalmente, cayó mi ventura para jamás levantarse.» Oyendo lo cual Sancho, dijo: «Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, ahora que soy escudero de a pie, no estoy triste; porque he oído decir que esta que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo...»

## NÚM. 49.—CAPÍTULO LXXIII

Cogiola Sancho a mano salva, y presentósele a Don Quijote, el cual estaba diciendo: «*Malum signum, malum signum*, liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece.» «Extraño es vuesa merced —dijo Sancho—; presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos son los malandrines encantadores que la transforman en labradora. Ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿Qué mala señal es ésta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí?» Los dos muchachos de la pendencia se llegaron a ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho que por qué reñían. Y fuéle respondido por el que había dicho: «No la verás más en...»

## NÚM. 50.—CAPÍTULO LXXIV

...llegando á las mandas, dijo: «Item es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, a quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo dellos ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno después de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga; y si como estando yo loco fuí parte para darle el gobierno de la insula pudiera ahora, estando cuerdo, darle el de un reino, se lo diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece.» Y volviéndose a Sancho, le dijo: «Amigo, la ocasión...»



# Don Quijote de la Mancha

Serie 15

Desde el Capítulo LVIII hasta el LXXIV ♦ Niños: amad vuestra Patria España

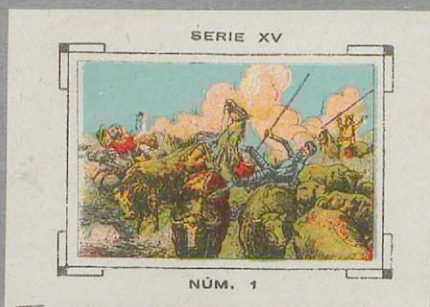
Compre

**COMPRIMIDOS  
KARALAZ**

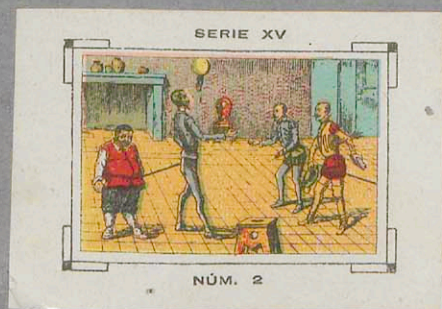
y ganará dinero

Ilústrese y  
saboréese con

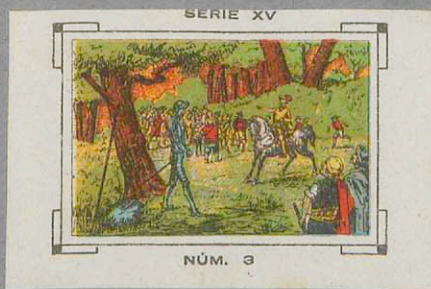
**COMPRIMIDOS  
KARALAZ**



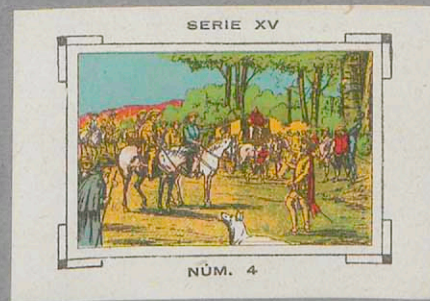
Núm. 41.—Capítulo LVIII



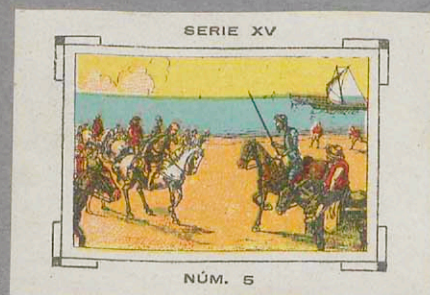
Núm. 42.—Capítulo LIX



Núm. 43.—Capítulo LX



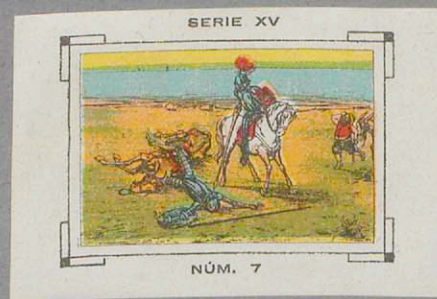
Núm. 44.—Capítulo LX



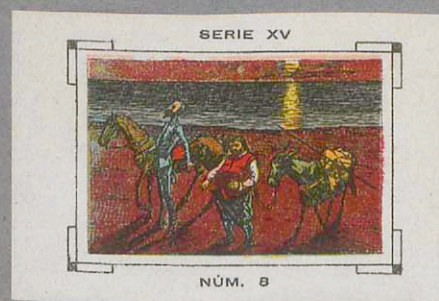
Núm. 45.—Capítulo LXI



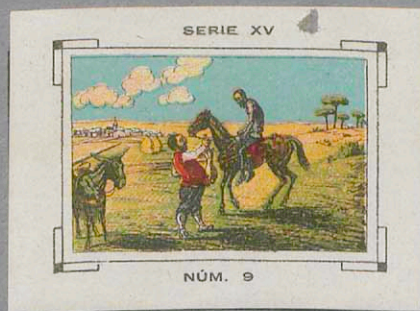
Núm. 46.—Capítulo LXII



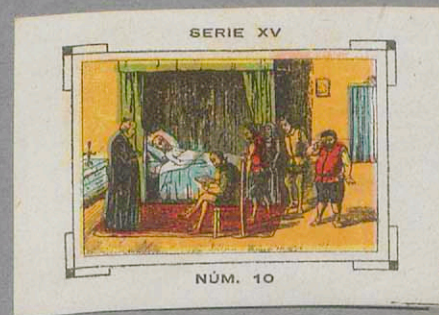
Núm. 47.—Capítulo LXIV



Núm. 48.—Capítulo LXVI



Núm. 49.—Capítulo LXXIII



Núm. 50.—Capítulo LXXIV



## CROMOS

[illegible]







